

E 178
R6



FONDO HISTORICO
R. GARDO COVARRUBIAS

155367

HISTORIA

DE LOS

ESTADOS-UNIDOS DE AMÉRICA,

POR

MR. ROUX DE ROCHELLE,

ANTIGUO MINISTRO DE FRANCIA EN LOS ESTADOS-UNIDOS.

INTRODUCCION.

El origen de los Estados- Unidos de América remonta á las primeras colonias inglesas establecidas en la costa oriental del Norte. Aun antes de la fundacion de estas, se hicieron allí muchas expediciones que pasariamos en silencio, si no interesasen á las comarcas que despues formaron parte de la confederacion americana; mas como deban ser comprendidas en el cuadro jeneral de nuestra historia todas las adquisiciones sucesivas de esta potencia, consideramos muy útil para el enlace de los hechos que van á desarrollarse á nuestra vista, el recorrer y comparar los anales de las diferentes provincias de aquella república; á cuyo efecto pensamos indicar el modo con que se hizo el descubrimiento de estos países, y cuáles fueron las vicisitudes por las que debieron pasar, antes que llegasen á reunirse en una sola nacion.

En el cuadro que vamos á trazar, resaltarán necesariamente entre todos los demás, algunos rasgos mas notables, porque los acontecimientos fecundos en resultados son los únicos que deciden la suerte de las naciones, únicos que deban grabar-

se en la memoria de los hombres, y únicos en fin que ofrezcan en sus detalles saludables lecciones.

La primera expedicion para las costas de la Florida fué dirigida en 1512 por Juan Ponce de Leon que habia acompañado á Cristóbal Colon en su segundo viaje, y combatido en su juventud contra los Moros cuando su espulsion del reino de Granada, distinguiéndose mas tarde por su valor y pericia en las guerras de las Indias Occidentales. Siendo gobernador de Puerto-Rico, que él mismo habia conquistado, supo por algunos Indios, que existia hácia el norte una fértil y rica comarca cuyas aguas tenian la propiedad de rejuvenecer, y que otro marcial dotado de la misma virtud fecundizaba la isla de Birmini, situada en medio del archipiélago de Bahama. Deseoso el anciano militar de distinguirse en nuevas empresas, y dejándose tal vez seducir por una vana ilusion, salió de Puerto-Rico con tres embarcaciones y dirigióse hácia aquel archipiélago, cuyas islas todas recorrió sin encontrar la fuente milagrosa; mas tropezando luego, por decirlo así, con el continente,

hacia los 30 grados 8 minutos de latitud. Tuvo lugar este feliz acontecimiento el día de Ramos ó Pascua florida, con cuyo motivo Ponce de Leon el dió nombre de Florida al país que acababa de descubrir. Recorrió en seguida desde el norte al mediodía todos los puntos de este territorio, haciendo en él frecuentes desembarcos que ocasionaron muchos encuentros con los naturales, y finalmente doblando el cabo meridional de la Florida y reconocido el archipiélago de las Tortugas, regresó á Puerto Rico deslumbrado todavía por sus primeras esperanzas. Escapáronse los tesoros y la juventud que buscaba, pero encontró la inmortalidad, consagrando su memoria con un gran descubrimiento.

Perez de Ortubia emprendió poco despues un viaje con el mismo objeto; y Lucas Vazquez de Aillon hizo algunos reconocimientos en otros varios puntos de esta costa por el año 1520. Arrojado sobre las costas orientales del continente por una borrasca que le sorprendió en una expedicion contra los Cariles de las islas Lucayas, proporcionóle esta casualidad sus descubrimientos por el norte hasta el cabo de santa Helena; pero no hizo allí establecimiento alguno, contentándose con arrebatarse á unos ciento y treinta Indios que condujo á la isla de Haiti, donde destinados á trabajar en las minas, murieron todos en poco tiempo de fatiga y de pesar.

Los Europeos, vencedores en Cuba y Haiti iban por entónces á buscar esclavos al archipiélago de los Caribes, para poblar con ellos aquellas islas cuyos habitantes habian diezgado; mas despues que fué descubierto el continente pudo ejercerse en él esta piratería, hasta que se hubo trasladado á las costas de Africa el teatro de tan detestable comercio.

Ponce de Leon parecia haber renunciado desde algunos años á toda nueva empresa, cuando vino á despertar su ambicion ó gloria el ruido de las bazañas del conquistador de Méjico, Hernan Cortés. Advertido por

otra parte por los nuevos descubrimientos de Aillon de la vasta estension de la Florida, cuyo nombre se habia ido aplicando á todos los territorios contiguos, partió en 1521 con dos buques equipados á sus espensas, y resuelto á establecerse en aquellas costas; pero oponiéndose los Indios á sus proyectos, tuvo con ellos un encuentro, en que murieron la mayor parte de sus compañeros, y herido él mismo de un flechazo, se vió obligado á retirarse á sus naves y hacerse á la vela para la isla de Cuba, donde murió á los pocos días de su regreso.

En 1524 hizo Vazquez de Aillon otra expedicion; mas no consiguió siquiera llegar al cabo de santa Helena que habia reconocido en su primer viaje, porque indignadas todas las tribus indianas del continente, por los continuos raptos que hacian los Europeos en sus á costas, deseaban llegar con ellos las manos, ya esperaban la primer ocasion de vengarse; como lo verificaron con esta expedicion, atrayendo á los soldados hácia el interior del país y aparentándoles una buena acogida; mas luego que los tuvieron emboscados mataron á doscientos de ellos y cargaron á los demás que quedaban en la playa, cayendo muerto en el campo el mismo Vazquez de Aillon.

Por este tiempo solo se habia reconocido la costa oriental de la Florida, hasta que pareció tomar otra direccion Pánfilo Narvaez, sobrado conocido por su desgraciada expedicion de Méjico. Este antiguo rival de Hernan Cortés, ansioso de reparar dignamente su desgracia, distinguiéndose á su vez por nuevos descubrimientos, hizose á la vela en 1527 con la escuadra que acababa de equipar en Cádiz; y dirijiéndose hácia el norte por la isla de Cuba, descubrió la bahía de Panzacola en la cual desembarcó por el mes de abril de 1528. Penetró en el interior á la cabeza de trescientos hombres que llevaba consigo, entre los cuales habia cuarenta de á caballo, y queriendo avanzar hasta el elevado territorio de los Apalaches, tuvo que vencer todas las dificultades que pue-

de oponer á las comunicaciones un país salvaje. Las inmensas llanuras que se estienden hasta el pié de aquellas montañas estaban cubiertas de espesos bosques, en los cuales apenas podian abrirse camino por en medio de los árboles que habian volcado los huracanes, ó habian caido unos tronchados por el rayo, otros desarraigados por su vejez: todos los valles estaban cubiertos de lagunas y lodazales donde yacian amontonadas aquellas ruinas de la vejetacion. En otros parajes, no pudiendo conseguir su desagüe, era necesario atravesar los torrentes á nado ó sobre pequeñas canoas y balsas construidas con precipitacion. Encontraban tal vez alguna aldea indiana rodeada de plantaciones de maiz; pero casi siempre tenian que atravesar desiertos, en donde carecian de los alimentos mas precisos, hasta que llegaron finalmente al país de los Apalaches, donde tampoco encontraron la riqueza y la abundancia que esperaban. Ostigado Narvaez continuamente por los montañeses que, armados de arcos y flechas, se servian de ellas con vigorosa destreza, desesperó de poderles resistir, y verificó su retirada por la costa hasta la embocadura del rio Apalachicola. Habia durado este viaje como unos tres meses, y los buques que se hubieron de construir entónces para regresar á Europa no quedaron habilitados hasta el 20 de setiembre, en cuyo día, haciéndose á la vela, quedaron espuestos á los violentos huracanes que suelen acompañar al equinoccio. Anduvo la flotilla costeando al principio del este al oeste, guarecida por los canales marítimos que se formaban entre la tierra firme y algunos islotes de arena, pero hecha el juguete de las olas, en faltándole esta defensa natural. Luego descubrió la desembocadura de un gran rio que debia ser el Missisipi, cuya caudalosa corriente desembocando en el mar con toda la fuerza de su curso natural, proporcionó á la tripulacion el agua dulce de que necesitaba; mas empujando la misma corriente á estos débiles esquifes, obligóles á ganar el alta mar,

donde la marea los dispersó muy luego. Narvaez que habia esperado retirarse á un paraje mas seguro, fué arrojado violentamente muy lejos de la costa y no volvió á aparecer mas; los otros buques siguieron con dificultad su travesía hácia el oeste y fueron lanzados sobre diferentes puntos de tierra firme y de las islas que guarnecen la costa, muriendo de hambre ó de enfermedad la mayor parte de la tripulacion. Mas otro destino estaba reservado á Alvaro Nuñez, uno de los pocos que sobrevivieron á los desastres de esta expedicion. Acompañado este de tres compañeros náufragos tambien, que habian corrido la misma suerte, logró ganar la confianza de los Indios y adquirió mucho ascendiente sobre ellos, haciéndoles creer que poseia el arte de adivinar y curar las dolencias; aumentaron su reputacion algunas curas que los Indios miraban como efecto de sus sortilejos; y la destreza de sus compañeros hizo que le atribuyesen aun mayores prodigios. Por espacio de ocho años siguieron estos aventureros su vida errante con todas las fatigas y miserias de los salvajes, hasta que al fin regresaron á Méjico con treinta Indios de los países de su tránsito, á tiempo que se hallaba en aquella ciudad el conquistador de la Nueva España, y ejercia la autoridad de virey D. Antonio de Mendoza.

Queriendo aprovecharse de las noticias dadas por estos viajeros, tratóse de ensayar algunas expediciones terrestres hácia el interior de la Florida; para lo que se dió comision á Vazquez Coronado; pero este quiso tomar otro rumbo, y dirijiéndose por el nordeste hácia los países de Sinaloa y Sonora, penetró en el de Quivira, engañado por algunas vagas tradiciones y en busca de tesoros y maravillas que se desvanecian á su llegada.

Entretanto Fernando de Soto habia salido de España en 1538, con un cuerpo de mil y doscientos hombres destinados á formar un establecimiento en la Florida. Abordó este militar en la isla de Cuba y subiendo hácia el continente, verificó su des-

embarco en la bahía del Espíritu Santo, penetró hacia el norte hasta el pié de los Apalaches. Aquí torcieron los Españoles su dirección, y marchando hacia el oeste, atravesaron los países que bañan el Coosa, Alabama, Tombegbe, y avanzaron sucesivamente hasta el Misisipí, la Ribera Roja y Brazos de Dios, en donde terminó su expedición después, de haber durado tres años. La guerra, el hambre y las fatigas habían acabado con la mayor parte de los soldados, y el espíritu de sedición empezaba á desunir los débiles restos de este ejército; por lo que Fernando de Soto tomó el partido de conducirle otra vez al Misisipí. Volvieron á encontrar este río, cerca de la embocadura del Arkansas, pero la muerte del comandante vino á desbaratar todos sus proyectos: reduciendo el ejército á trescientos hombres, renunció al proyecto de formar un establecimiento, y embarcándose en el Misisipí hicieron frecuentes incursiones que solo sirvieron para debilitarles, hasta que volviendo á la embocadura del río, se dirigieron otra vez á las grandes Antillas, ó las costas de Méjico.

Don Luis de Velasco, virey de la Nueva España, tuvo el encargo de preparar una nueva expedición para poblar la Florida. Para ello reunió á todos los que habían guerreado en aquellas comarcas, ó que habían arrojado á ellas los naufragios, y nombró comandante jeneral de este ejército á Tristan de Luna, que se hizo á la vela en Veracruz y abordó en la bahía de Panzacola el día 14 de agosto de 1559. Al cabo de seis días toda la flota fué destrozada por un huracán, perdiéronse las provisiones que habían quedado á bordo y encontráronse sin recursos sobre una costa estéril. Destacaron entonces para reconocer el país á unos cuatrocientos hombres, que hubieron de atravesar desiertos incultos, hasta que descubrieron un lugar indiano, llamado Nanipacna, cuya población había sido numerosa, pero parecía haber sido destruida cuando la invasión de Fernando de Soto. Avanzó muy luego Tristan de Luna hacia el

mismo punto con toda su tropa, parte por tierra, parte subiendo la corriente del río, hasta llegar al lugar sobredicho al cual dieron el nombre de Santa Cruz de Nanipacna.

Hasta aquí nos hemos valido en nuestra relación de los nombres primitivos de los lugares en donde abordaron los primeros navegantes; mas para ilustrar esta parte de nuestra historia, y para marcar sus correspondencias con las demás obras que sobre las mismas expediciones se han publicado, conviene manifestar los nuevos nombres que sucesivamente han ido recibiendo las diversas partes de estas costas. La bahía y puerto de Panzacola descubiertos por Panfilo Narvaez, recibieron de este el nombre de Santa Cruz y diez años después el de Achusi, de un oficial de Fernando de Soto que hizo su reconocimiento. Tristan de Luna llamó á la bahía, en 1558, bahía de santa Maria, que se llamó mas adelante santa Maria de Galva, prevaleciendo en fin el nombre indiano de Panzacola, entre todos los que sucesivamente le habían sustituido.

En las relaciones mas antiguas se hace mención del Misisipí, bajo el nombre del río del Espíritu Santo, que se había tambien aplicado á otra bahía de la Florida; y muchos territorios situados hacia el norte del golfo de Méjico que designaba Alvaro Nuñez en sus relaciones con los nombres de playa de Cavallo, estrecho de san Miguel, isla de Malhado, han cambiado tambien sus nombres primitivos en otros, y apenas se vislumbra su situación comparando algunas circunstancias locales que ayudan á reconocerlos.

Así se han ido sucediendo en la historia de la jeografía muchas denominaciones pasajeras, y en vano se buscan los rastros de esas variaciones en los mapas del Nuevo Mundo publicados poco después de su descubrimiento. Los pilotos que los trazaron habían consultado algunas relaciones que en su mayor parte han caído en la oscuridad ó en el olvido.

Mas no debe admirarnos tanta variedad en las nomenclaturas que

puede asimismo observarse en la jeografía de los tiempos antiguos, aunque procedente entonces de origen muy diverso; las conquistas y la consiguiente inestabilidad de los estados. Perecían con las ciudades los nombres que se les había impuesto, y si á una población destruida reemplazaba otra, tomaba esta el nombre de su reparador ó fundador: denominaciones sucesivas cuyo estudio está estrechamente enlazado con el de las grandes revoluciones, porque cuando los pueblos se empujan y los imperios se hunden, varían siempre los nombres porque han variado los poseedores.

Mas en la serie de denominaciones diversas que el capricho de los viajeros impuso á unos mismos territorios del Nuevo Mundo, no se reconocen las visicitudes de los acontecimientos. Vemos costas, riberas, promontorios sucesivamente descubiertos por diversos viajeros; cada uno de los cuales quiere imponer un nombre, quiere conservar un monumento de los descubrimientos que ha hecho, en sus mapas ó en sus relaciones. Sobrevienen otros viajeros y las nuevas denominaciones se suceden, hasta que la confusión de los nombres y de las lenguas es el resultado de semejantes rivalidades. ¿Qué desenlace reserva el porvenir á tan exclusivas pretensiones? Disputase la posesión de una palabra. ¡Empeño digno del orgullo del hombre! ¡Felices las naciones si no suceden á esas discusiones de individuos las guerras y odios nacionales!

El comandante español que dejamos en la aldea indiana de Nanipacna, tuvo una favorable acogida de parte de los naturales del país, que aseguraron á sus tropas algunos medios de subsistencia con el producto de la caza y la cosecha del maíz, pero muy pronto se agotaron estas cortas provisiones, y queriendo Luna seguir haciendo nuevos reconocimientos mandó avanzar un destacamento de trescientos hombres hacia el interior. Partieron los Españoles con dirección á la provincia de Coosa, situada mas hacia el norte, de la cual había oído hablar el co-

mandante, y después de marchar por espacio de cincuenta días sobre un país cortado por rios, bosques y pantanos, no pudiendo seguir ninguna dirección determinada, llegaron á las riberas del Alabama. Mas adelante reconocieron algunas poblaciones, en cuyas comarcas acamparon, haciendo varios cambios con los habitantes á fin de procurarse la subsistencia.

No era ya un nuevo espectáculo para los Indios la presencia de los extranjeros, pues recordaban la expedición de Fernando de Soto, y aun habían quedado entre ellos dos compañeros de aquel que terminaron allí sus días pacíficamente. Así es que habrían recibido sin temor alguno las carabanas de viajeros, pero el número y la disposición de estas tropas armadas escitaron vivas inquietudes á esta tribu salvaje que para alejar á los Españoles, les sugirió una expedición militar propia para seducir su arrojo, induciéndolos á socorrer á los Indios de Coosa, que solo distaban algunas jornadas y acababan de declarar la guerra á los Natchez, tribu revoltosa que les negaba el pago de un antiguo tributo. Conseguieron estos algunas ventajas sobre sus enemigos, y las viudas de los guerreros muertos en el campo se habían cortado las cabelleras para esparcirlas sobre los sepulcros de antepasados, y corriendo todas de sus tropel al encuentro del cacique arrojábanse á sus plantas, implorando venganza (véase la lámina 6.)

Mas así que llegaron los Europeos en clase de auxiliares, corrieron todos á las armas con mas confianza y resonaron los gritos de guerra por todo el territorio de Coosa. Dentro de poco se reunieron trescientos hombres en una llanura, divididos en diferentes grupos, capitaneados por otros tantos jefes, juntándose á ellos el refuerzo de cincuenta Españoles de á caballo y otros tantos de infantería. Al día siguiente vieron ocho jefes indios atravesar corriendo el cuartel de los Españoles y el de sus guerreros, y reunirse otra vez al cacique dando grandes alaridos; tomaron en seguida á este-

sobre sus espaldas y llovaron á una regular distancia hasta el pié de un tablado, por cuyas gradas subió aquel gran jefe; y despues de haber dado sobre él algunas vueltas, recibió de los otros jefes una especie de cetro terminado por algunas plumas, que levantó en alto muchas veces y lo dirigió luego hácia el país de los Natchez con un gesto amenazador. Despues de esto metióse en la boca algunos granos que desmenuzó con los dientes, y arrojando luego los pedazos: « Amigos, exclamó dirigiéndose á sus guerreros, nuestros enemigos serán vencidos y sus fuerzas quebrantadas como estos granos que acabo de desmenuzar. » Y tomando en seguida una concha llena de agua que derramó gota á gota: « Ojalá, exclamó, que podamos derramar así toda la sangre de nuestros enemigos. » (Véase la lámina 3). Repetidas por todos los Indios aquellas imprecaciones, bajó el cacique de su tablado y marcharon todos á hacer la guerra que acababan de declarar solemnemente á los Natchez.

La noche siguiente se alzó en el campo de los Indios una nueva gritaría, escitándoles otra vez á la venganza su cacique, y jurándole todos de tomarla ó morir; despues de lo cual, sabiendo por los espías enviados á la descubierta que el enemigo estaba descuidado, mandó el cacique que se avanzase prefiriendo la seguridad de una sorpresa á los azares de un combate á campo descubierto. Tocaban ya al pueblo enemigo mas inmediato, y ocuparon todas sus avenidas para que ninguno pudiera escaparse; mas cuando entró con sus tropas el cacique, encontró que habian huido todos los Natchez, advertidos por el ruido confuso de su aproximacion. Hallóse pues la poblacion desierta y solo pudieron cojer los víveres que habia abandonado el enemigo.

Quedaba con esto diferida la venganza; y fué tanto mas amargo el pesar causado por esta dilacion, cuanto en la plaza que formaban las habitaciones de los Natchez se encontraron unos grandes postes que indicaban el lugar del suplicio de los

prisioneros que aquellos habian cogido. Estos postes ó estacas estaban cubiertas de jirones sangrientos y de cabelleras, y el aspecto de tan funestos trofeos solo sirvió para escitar mas y mas el furor vengativo de los guerreros, quienes recogieron estos tristes despojos para inhumarlos con ritos supersticiosos, y dispersaron en seguida por el pueblo como frenéticos, unos con la esperanza de encontrar enemigos que sacrificar, otros con el intento de asolar las cabañas é incendiarlas; hasta que al anoche celebraron su victoria á la luz del incendio con danzas, gritos, cantares, y al ruido infernal de sus instrumentos salvajes. Entretanto resolvió el cacique con los Españoles avanzar hácia las montañas en las que creian se habia refugiado el enemigo, cuyas huellas, empero, no pudieron descubrir; llegando hasta las riberas de un gran rio, hácia el cual parecian haberse dirigido. Llamábanle los salvajes *Ochechiton*, cuyo nombre recuerda el de las tribus *Nachitoches*, últimamente descubiertas mas hácia el occidente.

Habíanse en efecto retirado los Natchez á la otra parte del rio, donde juzgaban estar en seguridad; mas los Indios del Coosa que sabian por qué puntos era vadeable, lo pasaron con el agua hasta el pecho, y un tiro de arcabuz que mató á uno de los enemigos, sembró entre los Natchez el espanto y la confusion. No pudiendo estos resistir á las armas de fuego y viéndose alcanzados á la otra parte del rio, solicitaron la paz, ofreciendo pagar al cacique las antiguas contribuciones, que consistian en remesas de granos y frutos hacederas tres veces al año. He aquí los tesoros que se disputan los salvajes y para cuya adquisicion se les ve combatir tan solamente. Estaba reservado á las naciones civilizadas manifestar una ambicion mas vasta, una sed de oro y de poder mas devoradora y mas insaciable.

En los detalles que acabamos de explicar, se ven, en cierto modo, pintadas las costumbres de los habitantes de los países que se iban descubriendo. Los anales de la historia nos

conducirán á desarrollar otros acontecimientos que en esta introduccion serian inoportunos.

El destacamento español que habia penetrado en el interior del país, y estaba separado del cuerpo principal del ejército por intransitables desiertos, no habia podido comunicar su situacion y sus descubrimientos á Tristan de Luna, quien por su parte, creyendo que esta division habria perecido y no queriendo perder de vista los socorros que esperaba de Méjico, salió de Santa Cruz de Nani-pacna para volver, siguiendo la corriente del rio, al puerto de Santa María que distaba de aquel pueblo cuarenta leguas.

Un oficial y doce soldados enviados por el comandante de la division que acababa de combatir contra los Natchez, no llegaron á Santa Cruz hasta despues de haber marchado el general; pero advertidos, por un aviso, que aquel habia dejado al pié de un árbol, de la direccion que pensaba tomar, vinieron á reunirse con él en Santa María. Y deliberando poco despues sobre si convenia conservar la provincia de Coosa, ó si seria mejor abandonarla, Tristan de Luna creia indigno de la bravura española el dejarse vencer por las dificultades, no conceptuando aquel país tan pobre como algunos descontentos querian suponer. « Si no podemos vivir en esta provincia, decia, nos retirémos al país de los Natchez, y si allí se agotan los recursos, buscaremos otras comarcas mas fértiles, arrojando para conseguirlo mayores fatigas: vergonzoso sería el temerlas; y por muy duras que quieran pintárnoslas, ¿ no estamos resueltos á resistirlas? »

Así se espesaba Luna, dispuesto como estaba á luchar contra todos los obstáculos; pero su ayudante de campo, Juan Ceron, que los creia insuperables y sabia que la mayor parte eran de la misma opinion, resolvió oponerse á los proyectos del comandante jeneral, empezando por destacar á la provincia de Coosa los doce hombres que acababan de llegar, y creyendo que podia llamar á la division avanzada, en fuerza de la autoridad

que le daba su destino. Dió pues la orden terminante á aquella division de incorporarse inmediatamente al cuerpo del ejército, lo que verificó el comandante, despues de haber empleado siete meses en su expedicion.

Allegar la vanguardia á Santa María encontró que se habian sublevado la mayor parte de las tropas. La excesiva severidad del comandante acrecentaba, en vez de contener, el espíritu de rebelion que iba progresando todos los dias; y como no pudiese aquel ejecutar sus órdenes rigurosas contra la multitud insubordinada, pasóse muy en breve del descontento al desprecio de la autoridad. Cinco meses duró la sedicion, que fué al fin apaciguada por las piadosas exhortaciones de Fray Domingo de la Anunciacion, quien empleó todo el prestigio de la relijion para inducir los dos partidos al restablecimiento del orden y al olvido mutuo de las injurias.

Noticioso entretanto de las vivas disensiones del ejército expedicionario el virey de Méjico, D. Luis de Velasco, acababa de nombrar sucesor de Tristan de Luna á D. Anjel de Villafaña, gobernador de la Florida, quien no tardó mucho en llegar á Santa María con las tropas y municiones de refuerzo; mas queriendo aprovecharse de sus predecesores, para deliberar con madurez, si era conveniente ocupar de nuevo la provincia de Coosa, ó abandonar todo proyecto de establecimiento en una comarca que se suponía tan estéril, prevaleció el último dictámen, con lo que el nuevo jeneral se retiró con sus tropas á la Habana. Prescribiánle sus instrucciones el avanzar por la costa oriental de la Florida y recorrerla hasta el cabo de Santa Helena; mas este proyecto no fué puesto en ejecucion.

Habiendo permanecido Tristan de Luna con algunos hombres de su comitiva en el puerto de Santa María y no pudiendo el anciano militar renunciar á una empresa cuya grandeza y ventajas le habian deslumbrado, escribió otra vez al virey de Méjico presentándole un nuevo plan de operaciones, de cuyo éxito no duda-

ba; pero que tuvo el virey por impracticable, y mandó en consecuencia regresar á Nueva España, como desde luego lo verificó.

Estos últimos acontecimientos tuvieron lugar por el año 1561, en cuyo tiempo, aunque se habian reconocido diferentes territorios de la Florida despues de los primeros descubrimientos de Ponce de Leon, no se habia formado todavía ningun establecimiento durable; cuando de repente apareció un nuevo pabellon sobre las costas orientales donde están situadas en el día la Jeorjia y la Carolina.

Deseoso el almirante de Coligny de asegurar un asilo á los calvinistas perseguidos en Francia, habia formado, durante el reinado de Henrique II, el proyecto de fundar una colonia protestante en América, encargando su ejecucion á Durand de Villegagnon, vice-almirante de Bretaña. Construyó este sobre las costas del Brasil un fuerte, que destruyeron muy pronto los Portugueses; despues de lo cual Coligny puso los ojos en las comarcas situadas hácia el norte de la Florida, que de mucho tiempo habia descubierto Verazzani. Propuso pues al rey de hacer en ellas un reconocimiento, y Carlos IX, que reinaba á la sazón, puso á su disposicion dos buques, cuyo mando se confió á Juan Ribaut de Dieppe, marino de mucha experiencia, y que partieron del mismo puerto de Dieppe el día 15 de febrero de 1562. Ribaut y su tripulacion profesaban todos la relijion reformada, y el almirante, protejiendo una espedicion que podia ser útil á los protestantes, velaba tambien por los intereses de la Francia; pues lograba con esto abrir un asilo á los prosritos, poner un término á las guerras civiles y relijiosas, y separaba los dos partidos, sin hacerles olvidar su patria comun y su oríjen, al paso que dejando de rozar uno con otro, era de esperar que naciese entre ellos alguna tolerancia con las nuevas relaciones que debian resultar de sus mutuas necesidades.

El capitan Ribaut divisó las costas de la Florida, como á unos 30 grados de latitud, y subiendo siempre hácia

el norte, desembarcó en las márgenes de un rio que denominó Ribera de Mayo, por haberla descubierto el día primero de este mes. Junto á este rio, que recibió mas tarde de los Españoles el nombre de San Mateo, mandó Ribaut erijir, á título de ocupacion, una columna donde estaban grabadas las armas de Francia; y habiendo tenido algunas comunicaciones amistosas con los naturales, quiso proseguir su reconocimiento, con el fin de escojer en las costas el punto mas favorable para un establecimiento. Encontró las desembocaduras de todos los rios que bañan aquellos países desde Altamaha hasta mas allá de Savannah, y descubrió, durante su navegacion, la entrada de una bahía muy profunda á la cual dió el nombre de Puerto-Real. El Coosa-Valchee que tiene su oríjen en los Apalaches, desagua en este gran receptáculo, y vuelve á salir de él, para desembocar otra vez en el mar, dividido en dos brazos, uno de los cuales se dirige hácia Puerto-Real y el otro hácia la bahía de Santa Helena, siendo de notar que los Indios han señalado siempre estos países como los primeros en donde vieron establecerse los Europeos.

Ribaut consideraba como continuacion meridional de la Nueva Francia, estas mismas comarcas que acababa de reconocer, y los Españoles las tenian por continuacion septentrional de la Florida; lo que, por parte de entrambos, era esplicar con mucha estension el derecho de descubrimiento; el de ocupacion sin embargo era mas positivo, y Ribaut habia sido sin duda el primero en pisar las costas donde queria establecerse. Así es que todos los rios cuyas desembocaduras habia descubierto, recibieron de él sus denominaciones francesas; como el Somma, el Loira, el Sena, el Charenta, el Garona, la Dordoña: hasta la fortaleza que construyó despues en un islote de la bahía de Puerto-Real, recibió el nombre de Charlesfort. Confióse la comandancia de este castillo al capitan Albert, del cual se despidió el comandante espedicionario con estas memorables palabras: « Debo encarga-



ESTADOS UNIDOS.

Guerreros Indios.

Guerreros Indios.

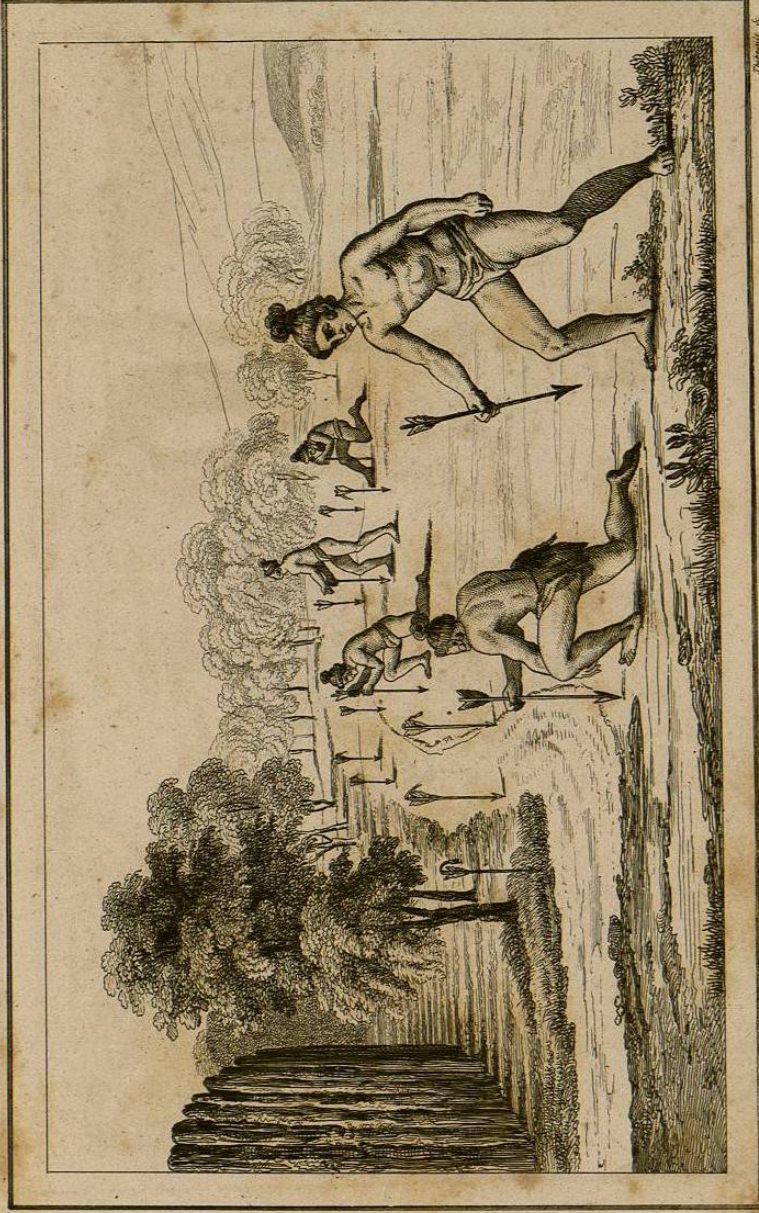
ÉTATS UNIS.

ESTADOS UNIDOS.



ÉTATS UNIS.

ESTADOS UNIDOS.



Declaration de Guerre.

Declaracion de guerra.